

## Una luz entre las sombras.

Me siento preso y libre a la vez... El día de ayer me encontré con Luz, verla es la más hermosa paradoja. No entiendo cómo alguien puede brillar tanto siendo tan gris. Antes de que el cambio ocurriera verla era el más exquisito de los placeres. En un mundo donde todos ansiaban por vestir los colores blanco y negro, ella deslumbraba con los pigmentos más vivos. Recuerdo la noche que combinó su vestido naranja con zapatillas azules. Le dije que parecía un pez mandarín, y lejos de molestarse, se sintió alagada de no lucir como las personas que vestían los colores neutros como sinónimo de elegancia.

“Existiendo gran variedad de tonalidades para diferenciarnos, por qué encerrarnos en la misma paleta de colores”. Esto es lo que siempre decía cuando tenía oportunidad, y la verdad es que creo que tenía razón. Sin embargo, un día de repente el cielo se vio más gris que de costumbre, no estoy seguro si fue la contaminación o si algún dios decidió jugar una mala broma, pero todo perdió el color. Ninguna flor destacaba de otra, solo por su forma. No podíamos ver si una planta estaba marchita, teníamos que sentirla para saberlo. El vecino que pagó una gran cantidad de dinero por su coche para que fuera de rojo metálico, estaba llorando de frustración porque ahora lucía como el de los demás.

Pensé que Luz sería la más afectada, pero sorprendentemente no fue así. Ella sigue sonriendo con tal seguridad y no ha emitido una sola queja de la situación que vivimos. Hoy la vuelvo a ver y armado de valor le pregunto cómo le hizo para no caer en depresión por perder aquello que le daba su original sentido de identidad. Ella voltea a verme y acaricia suavemente mi mejilla para decir: “cariño, el nuevo lamento universal por el que todos están menguando me ha acompañado desde que tengo uso de razón. Padezco de acromatopsia, ni siquiera estoy segura de lograr entender qué es un color”.

Me quedo en silencio. Siento que el suelo tiembla bajo mis pies, no por miedo ni por tristeza, sino por una especie de comprensión nueva que se asienta dentro de mí como una verdad olvidada. Luz, aquella que yo creía ajena al gris, había vivido en él toda su vida. Y, sin embargo, nunca la vi apagada. Siempre ha sido la más viva entre nosotros. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede alguien sin colores propios enseñarle a los demás a verlos?

“Entonces... todo este tiempo”, balbuceo, “¿era una elección?”. Ella sonrío de nuevo, como si ya hubiera oído esa pregunta muchas veces y me explica “no elegí no ver colores, pero sí elegí no dejar de sentirlos. El mundo no es lo que ves. Es lo que permites que te toque”.

Y es entonces que lo comprendo: Luz nunca necesitó del color para brillar. Ella es su propia fuente. En medio de un mundo que perdió sus matices, ella nos recuerda que lo esencial no se encuentra en la visión, sino en lo que se percibe como la ternura, la risa, la calidez de una mano, el sonido de una voz que te dice que todo estará bien.

Desde este día, dejo de lamentar el gris. Aprendo a leer el calor de los objetos, el ritmo de los pasos, la textura de la vida. Y aunque sigo preso en un mundo sin color, me siento más libre que nunca, porque por fin entendí que, a veces, ver con el alma es mucho más nítido que ver con los ojos.